

## EL MONTPPELLER DE LOS REYES DE MALLORCA

La instauración de los reyes de Aragón en la ciudad de Montpellier, data de la boda de Pedro II en 1204 con María, heredera de los Guilhem.

Aliándose con María, Pedro II ponía, tanto bajo su protección como bajo su autoridad, a Montpellier y al puerto de Lattes, por entonces muy floreciente. Recuperaba el feudo de Tortosa, sobre el Ebro, dado a los Guilhem por su antepasado Ramón Berenguer, tomaba posesión de nuestra ciudad, encrucijada importante de la gran vía que unía a Cataluña con la Provenza, facilitando de este modo su proyecto de hegemonía occitana. En estos mismos años, presintiendo que se acercaba la tempestad de la cruzada contra los Albigenses, firmó con Raimundo VI de Tolosa un riguroso pacto de amistad y defensa mutua.

María era nieta por el lado materno del Emperador de Bizancio, Manuel Commeno, y por el paterno, de Matilde de Borgoña, descendiente de Hugo Capeto. Había nacido en 1181 en el palacio señorial, poderosa fortaleza edificada por Guilhem VI a continuación de los incidentes que lo habían expulsado de su ciudad desde 1141 hasta el 1143. Reintegrado, gracias a la protección del Papa y a la ayuda de Ramón Berenguer, conde de Barcelona y antepasado de Pedro II, Guilhem VI había hecho construir este castillo, al cual dominaba una imponente torre, cuya presencia los ciudadanos de Montpellier toleraban difícilmente, pues les aparecía como un obstáculo alzado permanente contra sus libertades y sus franquicias.

María había crecido al pie de la torre, separada desde muy joven de su madre Eudoxia, esposa repudiada de Guilhem VIII. Fue educada por su madrastra, Inés de Castilla, a la cual su padre había conocido en la corte brillante y placentera de Alfonso II, rey de Aragón, de ese Alfonso que teniendo que unirse a Eudoxia, no esperó su llegada y contrajo otro matrimonio.

Para alejar a María de su herencia montpellerense, Guilhem VIII, influido por su segunda esposa y haciendo caso omiso de los compromisos tomados en ocasión de su primer matrimonio, la obligó a renunciar a la sucesión, dándole por esposo, a la edad de once años, a Barral vizconde de Marsella.

Esta animosidad de Guilhem VIII hacia Eudoxia habría tenido su origen en la corte que hacía a ésta, el trovador Foulques o Folquet de Marsella, futuro obispo sanguinario de Tolosa, el cual durante el

drama cátaro, lanzó el anatema sobre la ciudad de Raimundo VI, y tomó el hábito monástico junto con su esposa e hijos, sólo porque Eudoxia había menospreciado sus galanteos.

Los montpellerenses vieron muy raras veces a Pedro II de Aragón que en las visitas a la ciudad residía en su torre de *le Peyrou*. Venía sobre todo a pedir dinero para sus empresas militares y llevaba una existencia de tal modo depravada y libertina que el escritor catalán Soldevila lo califica de “fastuós i galant, desbauzat i pròdig, arrauxat i jovenívol”.

Sus necesidades de dinero le habían llevado a aceptar las condiciones draconianas introducidas en la Carta de 1204, que hacía de la señoría de Montpellier una verdadera democracia popular autónoma dentro del Imperio Aragonés. Le fue incluso impedido el regreso a la ciudad y confiscadas las rentas de sus bienes en tanto que no hubiera pagado sus deudas. Los cónsules, sin embargo, al mismo tiempo que trataban de volverse tan independientes como fuera posible de su señor, no querían privarse de su protección que para ellos era una “poderosa garantía de seguridad y favorecía convenientemente su comercio con el extranjero”, como ha recalcado Emile Bonnet.

Cuando estalló la revuelta de 1206-1207, (causada principalmente porque Pedro II no había pagado sus deudas) se encontraba el Rey en su Castillo de Colliure, donde se esforzaba por la violencia en obtener de su esposa el abandono de sus derechos sobre Montpellier a favor de su hija común Sancha, apenas de un año de edad, y a la cual ya había desposado al futuro conde de Tolosa Raimundo VII. María se resistió, pidió consejo a sus fieles amigos, a su vieja nodriza Guillemette y después “crucificada” por su esposo, consintió con la esperanza probable de que un acto jurídico firmado bajo coacción, no tendría valor alguno.

Una breve reconciliación entre los esposos habría tenido lugar a continuación en el castillo de Mireval, a raíz del conocido encuentro organizado por los cónsules de la Ciudad. Poco después del nacimiento de su heredero varón, Pedro II suplicaba a Inocencio III que pronunciara la anulación de su matrimonio; y daba su hijo como rehén a Simón de Monfort, al mismo tiempo que aceptaba de ese sanguinario jefe de los cruzados venidos del norte a saquear las tierras meridionales, su homenaje por las tierras de Carcasona y de Béziers, y entregaba el señorío de Montpellier a Guilhem IX hermanoastro de María, al cual ésta había legítimamente desposeído en 1204.

Sin embargo, ¿no era éste el momento más propicio para realizar su sueño de un Imperio Occitano? Los condes de Tolosa, de Foix y de Comminges, los señores del Bearne y de Provenza, ¿no le habían rendido homenaje de fidelidad y de asistencia?

Siete años después, el 2 de septiembre de 1213, extenuado por una noche de orgía, Pedro II fue muerto en la batalla de Muret. Así desaparecía ese rey de sobrenombre “el Católico”, que el año anterior

había infligido una sangrienta derrota a los Sarracenos en la batalla de las Navas de Tolosa. Poco antes de su muerte, pidió en matrimonio a la hija de Felipe-Augusto de Francia aún cuando su unión con María no estaba de ningún modo disuelta.

Triste parecía ser el destino de Jaime I niño entonces de pocos años, entregado como rehén y que ya no volvería a ver ni a su padre ni a su madre. Pedro muerto en Muret; y María en Roma adonde desposeída y reducida a la miseria, había ido a suplicar a Inocencio III que la protegiera contra los expolios de su marido.

Fue necesaria la intervención del Papa para liberar al joven huérfano, el cual no pudo incorporarse a su villa natal hasta la edad de diez y ocho años, después de una educación confiada a los Templarios en la ciudadela de Monzón, en tierra aragonesa.

Pero al revés de su padre, Jaime I no tardó en convertirse en el príncipe más brillante, más seductor y más popular de su época: el ilustre Conquistador. Una placa fijada sobre la "Torre de los Pinos", destinada a perpetuar su recuerdo, ostenta una bella inscripción en lengua occitana, redactada por Mistral.

Esta inscripción que es en cierto modo el epitafio del Imperio Occitano que Jaime I no pudo realizar, precisa que hizo la renuncia por amor a San Luis y a la reina Margarita. De hecho si creemos en el afecto de Jaime hacia su real prima Margarita de Provenza, dudamos de su amor por San Luis, que había arruinado enteramente el sueño occitano. Y que juntamente con su madre Blanca de Castilla, hizo llevar adelante, salvajemente, la cruzada contra los Albigenses, sembrando la ruina y el desastre en todo el Languedoc.<sup>1</sup>

Después de la conquista de Mallorca fueron numerosos los ciudadanos de Montpellier que se beneficiaron del reparto de las tierras conquistadas. Precisemos que fue en la casa de los Atbrand de Montpellier, de la cual ignoramos el emplazamiento exacto, que fue firmada el Acta del 14 de mayo de 1231, por la cual se adjudicaban a los habitantes de la Ciudad, cien casas en la de Mallorca. Entre otros privilegios, los ciudadanos de Montpellier tuvieron autorización para traficar con los Sarracenos, aun antes de terminarse la guerra de conquista de las Islas Baleares.

No se ha hecho el estudio, que resultaría muy interesante, de los barones y burgueses de Montpellier, que en número muy importante, participaron en la conquista de Mallorca (y después en la de Valencia) según el cartulario y otras fuentes escritas que se conservan en la Ciudad. Este estudio, en el que aparecerían los Tornamira, los Roquefeuil,

<sup>1</sup> Tal vez no sea justo este juicio, pues durante la primera fase de la guerra de los Albigenses, Luis IX era menor de edad, y durante la segunda se hallaba en Oriente. La verdadera responsable fue en todo caso Blanca de Castilla, que actuaba como Regente.

Raimond de Montpellier (hijo de Guilhem VIII y apodado "Tortosette") los Calvet, los Conques, los Crexell, los Estela, los Miravall, los Palasin, los Pizá, los Rocafort, los Roqueta, los Rotlan, los Sans, los Puget, los Martel, los Renart, los Seguí, los Sastre, etc... resultaría un importante complemento del libro del "Repartiment" de Mallorca y de los documentos referentes a la repoblación de Menorca y de Ibiza.

Estas conquistas en tierra ibérica, no habían desviado la atención de Jaime I hacia los acontecimientos de la política francesa. No había vacilado el secundar los proyectos del conde de Tolosa Raimón VII, que buscaba la manera de repudiar a Sancha de Aragón, tía del propio rey Jaime, para casarse con su prima hermana la hija de Raimón Berenguer, conde de Provenza. El propósito del tolosiano era el de volverse a casar para tener hijos, y desposeer así de su herencia a su hija Juana, casada con Alfonso de Poitiers, hermano de Luis IX, evitando con ello la manumisión de los Capetos sobre las tierras occitanas del sur de la Galia.

¿No era ésta una nueva ocasión favorable a la constitución del Imperio Occitano? Desgraciadamente, el Papa Gregorio IX, denegó la dispensa de boda entre parientes de grado tan próximo, y la muerte de Raimón VII, que le sobrevino en Milán en 1249, destruyó todas las esperanzas.

En 1258, San Luis firmaba con Jaime I el tratado de Corbeil, abandonando su dominio sobre Cataluña y adquiriendo a cambio los dominios del Aragonés en el Languedoc, excepción de Carlades (o Carlat) en Rouergue, del Rosellón y de Montpellier, lugar de su nacimiento.

Este acto de partición, que tendía a restablecer la barrera de los Pirineos, no dejaría de provocar numerosos conflictos graves y hasta sangrientos, primero entre hermanos y luego entre primos.

Sin duda alguna fue en este momento que el Conquistador, renunciando a su hegemonía sobre el sur de la Galia, decidió la partición de sus estados entre sus hijos Pedro y Jaime, decisión en la cual, quien sabe, influían enigmáticas y ocultas intenciones respecto a este ideal occitano, que a pesar de lo tratado en Corbeil, no se resignaba a abandonar.

El segundo, nacido en Montpellier el 30 de mayo de 1243, fue el primer rey privativo de Mallorca, pero llevó el nombre de Jaime II por el Señorío de Montpellier.<sup>2</sup> El 10 de diciembre de 1258, su pa-

<sup>2</sup> Muchos historiadores franceses, empezando por Lecoy de la Marche, y el conde de Mas Latrie, a Jaime II de Mallorca, considerándolo como tronco de la dinastía, le llaman Jaime I. Hay que reconocer que tanto por el Señorío de Montpellier, como por el condado del Rosellón, que había ya ostentado su padre, es correcto llamarle Jaime II. Y en cuanto a las Baleares, habiendo sido creado el reino independiente inmediatamente después de su conquista, hay que considerar a Jaime I como fundador de la dinastía.

dre confirmaba las libertades de la Ciudad después de la controversia de las "mailles" de Lattes.<sup>3</sup> Y recibía el juramento de fidelidad de los ciudadanos que le prometían formalmente no reconocer después de su muerte a otro señor que a su hijo Jaime; y sólo en el caso de que muriera sin heredero varón, a su otro hijo Pedro III, heredero de Cataluña y de Aragón. En este mismo momento el Conquistador acababa de concertar las condiciones de boda entre su hija Isabel y Felipe, hijo de San Luis, futuro *Felipe el Atrevido*, acompañado de numerosos embajadores entre los cuales Guilhem de Roquefeuil, su lugarteniente por Montpellier.

Poco tiempo después, organizaba, igualmente en Montpellier, la boda de su hijo Jaime con la princesa Beatriz de Saboya.<sup>4</sup>

En 1272, después de una grave enfermedad, Jaime de Aragón redactó un testamento repartiendo sus estados entre sus dos hijos. Dos años más tarde se detenía en Montpellier por última vez, partiendo de nuevo el 12 de junio y confiando todos sus derechos, poderes y jurisdicciones sobre la Ciudad a su hijo Jaime. Si hemos de creer al historiador D'Aigrefeuille, esta designación fue acogida en la misma con alegría.

Desde aquel momento, dos años antes de la muerte de su padre, el Infante, muy apreciado allí, se convirtió en Señor de Montpellier.

De hecho, la partición efectuada por el Conquistador, colocaba al nuevo Jaime en una situación difícil, con un patrimonio compuesto por muchos territorios separados entre sí y alejados los unos de los otros: el pequeño vizcondado de Carlat en Rouergue, estaba situado a más de cien kilómetros de Montpellier. Esta Ciudad quedaba separada del Rosellón por tierras de Francia, y el archipiélago Balear se encontraba a dos días de navegación. ¿Qué podía hacer un soberano reinando sobre un territorio tan dividido?

A esto debemos sumar las dificultades derivadas de su soberanía en Montpellier. Heredero de los Guilhem por su abuela paterna, debía homenaje por su Ciudad natal al obispo de Magalona, que a su vez era vasallo del rey de Francia.

Sus relaciones con el obispo de Magalona estaban ya bastante tirantes, después de la política llevada a cabo por el Conquistador contra este último. Jaime I no había cesado, durante toda su vida, instigado y apoyado por los burgueses montpellerinos, de usurpar los poderes y jurisdicción del prelado. En particular, lo había suplantado y reem-

<sup>3</sup> Jaime quería apoderarse de la *malla*, impuesto percibido por cada libra de mercancía importada o exportada en el puerto Lattes y cuyo importe debía emplearse en la conservación de las vías navegables y de los caminos terrestres. Los burgueses de Montpellier se opusieron y el Conquistador tuvo que ceder.

<sup>4</sup> Como es sabido, este matrimonio no llegó a celebrarse; y Jaime II se casaría con Esclaramonda de Foix, en 1275.

plazado en la participación en la elección de cónsules, habiendo sido entonces que el obispo manifestó su intención de ceder sus derechos de soberanía a San Luís, pero este tuvo la delicadeza de rehusar.

Felipe el Atrevido, defendió a Jaime II contra los intentos de Pedro III que le quería quitar el Rosellón después de haberlo arrojado de las Baleares. Colocado entre estos dos reinos vecinos y rivales, Jaime supo superar la situación con habilidad, prestando homenaje a uno y a otro.

Pero el hijo de Felipe el Atrevido, una vez convertido en rey, con el sobrenombre de Felipe el Hermoso, tuvo menos escrúpulos que su padre. Compró la señoría de *Montpelleret* en 1293 al obispo, que cedía así sus derechos de plena señoría sobre *Montpelleret* y sus derechos de soberanía eminente sobre *Montpeller*.

De momento no quiso conflictos con su tío, pero al morir éste en 1311, no vaciló en manifestar sus derechos, exigiéndole al nuevo heredero Sancho, hijo de Jaime II, la prestación del juramento feudal.

Aquel que los Montpellerinos calificaban de "Sancho, el buen rey", rehusó de momento prestar ese homenaje al rey de Francia y a sus tres hijos, pero como había heredado de su padre la virtud de la prudencia, y era justo y pacífico, fue lo suficientemente diplomático para manejar el orgullo de sus dos vecinos, el monarca aragonés y el monarca francés, ambos primos suyos.

No teniendo descendencia legítima designó heredero a su sobrino Jaime III, persona falta de serenidad y mal diplomático.

El nuevo Jaime no tenía la prudencia, ni la paciencia de sus predecesores. Su impulsividad le causó muchos disgustos. ¿No mató un día a su paje, un Roquefeuil, hijo de uno de sus mejores amigos, en un momento de cólera, aunque seguramente sin proponerselo? Penosas fueron las consecuencias, pues el padre de la joven víctima amotinó a la población y quiso declarar la guerra al monarca. Al final se contentó con un compromiso, recibiendo a título de reparación la baronía de Aumelas.

Un ser tan violento, estaba destinado a encontrar dificultades con sus eminentes primos. Fue obligado a prestar homenaje al rey de Aragón, Jaime II, (hijo de Pedro III), y luego a Alfonso IV; y finalmente a Pedro IV su propio cuñado. Este último, que le guardaba desde siempre un odio maquiavélico, maniobró hábilmente para tenderle una trampa y hacerlo disgustar con el monarca francés, Felipe de Valois, impidiendo con ello que le sostuviera en su lucha contra el rey de Aragón.

En cada una de sus visitas a la ciudad de *Montpeller*, Jaime III reunía al pueblo en su palacio, les otorgaba muchas ventajas, y les incitaba a resistir a las pretensiones fiscales del rey de Francia. Pedro IV se aprovechó de esta impericia para hacer creer al francés que el rey de Mallorca conspiraba contra él con los ingleses. Mientras tanto

se apoderaba por la fuerza de la Isla Baleares y se hacía coronar en la catedral de Mallorca.

Felipe de Valois, que en aquel entonces se hallaba en guerra contra el rey de Inglaterra, dejó de prestar ayuda a Jaime III a fin de no disgustar al aragonés que podía aliarse a sus enemigos. Jaime III se obstinó; proponiéndose reconquistar Mallorca; y para procurarse los fondos necesarios cedió poco a poco algunos de sus derechos. Tomó dinero prestado a los cónsules, pero éstos al fin acabaron por negarse a concedérselo no sin una previa consulta a un grupo de jurisconsultos entre los que se encontraba Guillaume Grimoard, de Lozières, futuro Papa Urbano V.

No quedó más solución a Jaime III que ceder el señorío de Montpellier al rey de Francia, el cual lo aceptó a cambio de la suma de 120.000 escudos de oro, con este dinero, y beneficiándose de la ayuda de la reina Juana de Nápoles, armó en Provenza una flota considerable con lo cual desembarcó en Mallorca en 1319. Fue vencido y murió en la batalla de Lluchmayor. Su esposa y su hijo debían quedar encarcelados en Valencia y en Játiva; y después el segundo en Barcelona encerrado en una jaula de hierro, durante toda su cautividad.

Así había concluido la presencia de la Casa de Aragón-Mallorca sobre Montpellier.

Notemos, sin embargo, que a la muerte de Jaime III, Felipe IV secuestró los feudos que éste poseía, es decir, la baronía de Montpellier y el distrito de Aumelas u Omelades, y el vizcondado soberano de Carlat o Carlades. Pedro IV, rey de Aragón, sostuvo que la venta era nula, pero los dos reyes firmaron una componenda.

En 1362, el titulado Jaime IV, hijo de Jaime III, se evadió de su prisión en Barcelona, recuperó el título de rey de Mallorca, luchó al lado de los ingleses contra Enrique de Trátámara, después de haber contraído matrimonio con la reina Juana I de Nápoles, volvió a ser capturado y remitido al condestable Du Gusclin, el cual lo trajo prisionero a Montpellier en 1362.<sup>5</sup> Murió hacia el 1374, dejando sus bienes y la corona de Mallorca a su hermana Isabel.

Esta hizo testamento en beneficio de Luis de Anjou, pero reservándose algunos privilegios sobre Montpellier, pues su padre había cedido sólo la bailía de la ciudad señorial y la castellanía de Lattes con todos sus derechos, partidos y dependencias, el 18 de abril de 1349; pero la baronía de Montpellier había quedado fuera de la transacción.

Isabel, la última titulada reina de Mallorca fue muy popular en la Ciudad. En 1358, hallándose de paso en ella durante su viaje a

<sup>5</sup> Los hechos no fueron exactamente así. Jaime IV, estuvo prisionero en el castillo de Curiel, junto al río Duero. Rescatado por su esposa la reina Juana, una vez libre se fue a Nápoles y de camino, se detuvo unos días en Montpellier, en donde, según el *Thalamus Parvus*, se le hizo mucho caso. (nota de G. A.).

Saboya en ocasión de su boda con el marqués de Montferrato, Juan II Paleólogo, recibió vivas muestras de simpatía que reflejaban el hecho de que los montpellerinos no habían olvidado a los reyes de Mallorca. Fue ella la que sirvió de intermediaria entre su primo el duque de Anjou y los ciudadanos de Montpellier, a favor de éstos, cuando la insurrección de 1379.

Hermano de Carlos V de Francia y gobernador del Languedoc, el duque de Anjou, para poder hacer frente a sus excesivos gastos suntuarios, había aumentado todos los impuestos, que los de Montpellier se negaron a pagar, degollaron a los siete enviados especialmente con este fin, y para colmo de horror "imprimiendo la huella de sus dientes sobre sus carnes palpitantes"... La sentencia del duque de Anjou, en un principio anunciada como feroz, se conmutó por una indemnización que la ciudad tardó más de veinte años en pagar.

Fue entonces cuando concluyó el gobierno comunal de Montpellier, víctima igualmente de sus propios excesos y del despotismo del rey de Francia. Cuando Isabel cedió todos sus derechos a Carlos VI en 1395, los sucesores directos de los reyes de Mallorca ya no tenían ningún derecho sobre Montpellier.

---

Las frecuentes estancias de los reyes de Mallorca en Montpellier, nos llevan al tema de los edificios en los cuales se alojaban.

Los dos antiguos castillos de los Guilhem, en la época del nacimiento del Conquistador, o ya no existían o resultaban inhabitables. Por esto, su madre fue a dar a luz en la casa de los Tornamira. Debía tratarse de un caserón fortificado exterior al segundo recinto amurallado. En este mismo edificio, nacería el futuro Jaime II de Mallorca en 1243.

El mismo Conquistador, empezó a construir un castillo, en donde se hallaban restos de una antigua torre que los montpellerinos habían derruido con ocasión de una revuelta contra el malquerido Pedro II de Aragón. Pero no parece que a la muerte de éste, las obras se hallaran muy adelantadas.

Jaime II de Mallorca continuó las obras y debió terminarlas, por lo menos en lo que se refería a las estancias de representación, pues consta que en ellas se celebraron distintos actos solemnes. Consta que tenía una sala mayor parecida a la de los palacios de Perpinán y de "La Almudaina" de Palma, con los arcos apoyados directamente sobre la muralla. Este palacio, fue desfigurado en tiempos de los reyes de Francia y totalmente destruído a mitad del siglo XIX, para construir en su solar el Palacio de Justicia, en falso estilo Luis XIV.

Pero el palacio-castillo de Jaime II, tal vez no llegó a terminarse totalmente en las habitaciones familiares, ya que consta que en alguno



de sus viajes, tanto él, como su hijo Sancho, se hospedaron en el palacio de los Atbrán, cuyo emplazamiento según he dicho no conocemos exactamente.

Queda otro palacio gótico en Montpellier, conocido tradicionalmente con el nombre de *Palais des rois de Majorque*, (actualmente el n.º 10 de la calle de *l'Argenterie*). Este palacio, en realidad era suyo pero no sabemos que lo habitaran. Había pertenecido a un rico burgués, que fue sentenciado por la Inquisición como cátaro en 1239; sus bienes fueron confiscados y cedidos al obispo de Narbona, el cual hizo presente del edificio a Jaime I.

Cuando Bertrand de Goth, recientemente elegido Papa como Clemente V, antes de su coronación, pasó cuatro días en Montpellier en donde Jaime II de Mallorca celebró festejos en su honor, se hospedó en la casa de la Orden del Temple, de la cual él mismo, unos años más tarde, decretaría la supresión.

† JACQUES FABRE DE MORLHON  
(Traducido por M. A. ESTEVE)

---

NOTA: El eminente historiador de Montpellier Sr. Fabre de Morlon, Magistrado de los tribunales, falleció pocos días después de habernos enviado este trabajo, seguramente el último nacido de su pluma. D. E. P.